

abría la boca admirado ante Ragú, siempre que bebían juntos.

—¡Justo, eso, así! Que cuchipanda cuando seamos los amos!

Bonnaire encogía los hombros despreciando este bajo concepto de la victoria futura de los trabajadores, sobre quien los explotaba. El había leído, había pensado, creía saber. Habló otra vez excitado por todo lo que se acababa de decir, queriendo tener razón. Reconoció Lucas la idea colectiva, tal como la formulaban los intransigentes del partido. Primero era menester que la nación volviese á tomar posesión del suelo y de los instrumentos de trabajo para *socializarlos*, hacerlos de todos; en seguida se reorganizaría el trabajo general y obligatorio, de modo que la remuneración fuese proporcional á las horas de trabajo. Cuando se embrollaba, era al tratar del modo práctico de conseguir por medio de leyes esta *socialización*. Sobre todo, como iba á funcionar libremente el sistema, cuando se pusiera en práctica con toda aquella máquina complicada de dirección é intervención que necesitaría una policía de Estado vejatoria y dura. Y como Lucas, que no iba tan lejos en su anhelo humanitario, le hubiese presentado algunas objeciones, Bonnaire respondió con la tranquila fe del creyente:

—Todo nos pertenece, todo lo tomaremos, para que cada cual tenga su parte justa de trabajo y de descanso, de pena y de alegría. No hay otra solución razonable; la injusticia y el sufrimiento se han hecho demasiado grandes.

Los mismos Ragú y Bourron estuvieron de acuerdo. ¿No lo había corrompido y envenenado todo el salario? El era el que alentaba la cólera y el odio, desencadenando la lucha de clases, la prolongada guerra de exterminio entre el capital y el trabajo. Por el salario había llegado á ser el hombre lobo para el hombre, en este conflicto de egoísmos, en esta monstruosa tiranía de un estado social basado sobre la iniquidad. La miseria no tenía otra causa, el salario era el fermento malo que engendraba el hambre, con todas sus consecuencias desastrosas, el robo, el asesinato, la prostitución, el hombre y la mujer perversos,

rebeldes, lanzados fuera del amor, como fuerzas destructoras á través de la sociedad madrastra. Y no había más que un modo de sanar, la abolición del salario que se reemplazaría por el estado nuevo, *lo otro*, lo soñado, cuyo secreto guardaba todavía el mañana. Allí empezaba la disputa de los sistemas; cada cual creía en su poder la felicidad del siglo futuro; la cruda batalla política consistía en el choque de los partidos socialistas que se empeñaban en imponer cada cual su reorganización del trabajo, su reparto equitativo de la riqueza. Mas no por estas luchas dejaba de estar el salario condenado por todos, y nada le salvaría; había llegado su hora; desaparecería como desapareció la esclavitud, cuando un período humano se cerró por ley del progreso, que siempre va adelante. No era más que un organismo muerto que amenazaba envenenar todo el cuerpo, y que la vida de los pueblos iba á eliminar, so pena de un fin trágico.

—De modo—continuó Bonnaire,—que esos Qurignon que fundaron el Abismo no eran malas personas. El último, Miguel, cuyo fin ha sido tan triste, se había esforzado por mejorar la suerte del obrero. A él se le debe la creación de una caja de retiro, cuyos primeros cien mil francos dió, obligándose á doblar en seguida cada año las sumas que depositaran los partícipes. Fundó igualmente una biblioteca, una sala de lectura, una enfermería, donde hay consulta gratuita dos veces por semana, obrador y una escuela para los niños. Y el señor Delaveau, aunque menos amable, ha tenido que respetar todo eso. Y ya van años que funciona. Pero, que quiere usted, en resumidas cuentas, todo ello es como se dice, un verdadero cauterio en una pata de palo. Es caridad, no es justicia. Pueden funcionar tales cosas años y años todavía, sin que cese el hambre, sin que la miseria acabe jamás. ¡No, no! No hay alivio posible, hay que cortar el mal en su raíz.

En este momento el tío Lunot que creían otra vez dormido, dijo, desde lo obscuro:

—Los Qurignon, yo los he conocido.

Se volvió Lucas y le vió en su silla chupando en vano en la pipa apagada. Tenía cincuenta años; cerca

de treinta había trabajado en el Abismo, de arrancador. Pequeño, grueso, de cara abultada y descolorida, se hubiera dicho que el fuego le había hinchado en vez de secarle. Tal vez era el agua de que se inundaba, deshaciéndose en vapor, la que le había traído el reumatismo. Muy pronto cogido por las piernas, andaba con gran trabajo. Y como no reunía las condiciones necesarias para obtener la irrisoria pensión de trescientos francos al año que los nuevos obreros habían de cobrar más adelante, se hubiera muerto de hambre en el arroyo, como una bestia de carga, inútil y vieja, si la Pelos, su hija, no hubiese querido recogerlo por consejo de Bonnaire; pero se lo hacía pagar con riñas continuas y privaciones de todas clases.

—¡Ah! sí,—repitió lentamente.—los he conocido. ¡Sí, los Qurignon!... Hubo un señor Miguel, hoy difunto, que tenía, cinco años más que yo. Y hay todavía el señor Jerónimo, en tiempo del cual entré yo en la fábrica á los diez y ocho años, cuando él ya tenía cuarenta y cinco, lo cual no le impide seguir viviendo... Pero antes del señor Jerónimo hubo el señor Blas, el fundador, el que vino á instalarse en el Abismo, con sus dos martinetes; pronto hará ochenta años. A ese no le conocí yo. Mi padre, Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú, fueron los que trabajaron con él, y hasta se puede decir, que Pedro Ragú era su camarada, que ambos eran tiradores, sin un cuarto en el bolsillo, cuando se pusieron al trabajo juntos, en la garganta de los Montes Bleuses, entonces desierta, en la orilla de acá del Mionna, donde había un salto de agua... Los Qurignon han hecho una gran fortuna; y aquí me tienen á mí, Santiago Ragú, siempre sin un cuarto, las piernas inútiles, y ahí está mi hijo, que no será más rico que yo, después de treinta años de trabajo; sin hablar de mi hija y de sus hijos, amenazados todos de reventar de hambre, como revientan los Ragú va ya para cien años.

Decía estas cosas sin cólera, con el aire de resignación de animal viejo despeado. Miró un momento á la pipa, sorprendido de no sacar de ella humo. Luego, viendo que Lucas le escuchaba con atención com-

pasiva, concluyó encogiéndose ligeramente los hombros:

—¡Bah! caballero, esa es nuestra suerte; somos unos pobres diablos. Siempre habrá patronos y obreros... Mi abuelo y mi padre se vieron como me veo, y lo mismo se verá mi hijo. Para qué sublevarse; cada cual saca su suerte al nacer... De todos modos, bien se puede desear cuando se llega á viejo, tener con qué comprar el tabaco suficiente.

—¡Tabaco!—gritó la Pelos.—Hoy mismo has fumado por valor de diez céntimos. Piensas que voy á mantenerte de tabaco, ahora que no vamos á tener ni pan?

Le tenía á ración: esto era lo único que desesperaba al tío Lunot, que en vano procuró encender la pipa, en la que decididamente no quedaba más que ceniza. Lucas, lleno de compasión que aumentaba, seguía mirándole en su asiento. El salario conducía á este lastimoso residuo, el obrero agotado, consumido á los cincuenta años; el arrancador, toda su vida arrancador, á quien su labor convertida en maquina, había echado de sí, ya estúpido, reducido á la imbecilidad de la parálisis. Nada sobrevivía en aquel pobre sér, más que el sentimiento fatalista de su esclavitud.

Pero Bonnaire protestó altivo.

—No, no, no ha de ser siempre así; no siempre habrá patronos y obreros, vendrá un día en que no habrá más que hombres libres y contentos... Nuestros hijos acaso vean ese día, y bien merece la pena de que nosotros, los padres, suframos todavía, si hemos de conseguir la felicidad de mañana.

—¡Caramba!—exclamó Ragú en chanza;—que venga eso pronto, que quiero que me toque. Me vendría al pelo no tener que hacer nada y comer pollos todos los días.

—Y yo lo mismo, yo lo mismo,—apoyó Bourrón extasiado.—Que no me quiten mi puesto.

El padre Lunot les hizo callar con ademán de desengaño y dijo:

—Sí, sí, ya veréis. De joven se esperan esas cosas. Se tiene la cabeza llena de locuras, se imagina que vá á cambiar el mundo. Y luego el mundo continua

y le barren á uno con los demás... Yo no culpo á nadie. A veces, cuando puedo arrastrarme hasta la calle, suelo encontrar al señor Jerónimo en su cochecito, que empuja un criado. Le saludo, porque eso se le debe á un hombre que os ha hecho trabajar y que es tan rico. Creo que no me reconoce, pero se contenta con mirarme con ojos que parecen llenos de agua clara... Los Qurignon han sacado el premio gordo, y hay que respetarlos. Si nos echamos sobre los que tienen el dinero, ni Dios pára aquí; el acabóse.

Contó Ragú entonces que aquella misma tarde, al salir de la fábrica, Bourron y él habían visto pasar al señor Jerónimo en su coche de mano. Se le saludaba; esto era efectivamente natural. ¿Cómo hacer otra cosa sin pecar de descortés? Pero, de todos modos un Ragú á pie, por el lodo, vació el vientre, saludando á un Qurignon opulento, bien tapado con mantas y que un criado saca á pasear, como á un mamón demasiado gordo, es cosa que irrita y dan ganas de tirar las herramientas al agua, de obligar á los ricos á repartir, para no hacer uno nada á su vez.

—¡No hacer nada, no; eso no! Eso sería la muerte, replicó Bonnaire. Todo el mundo debe trabajar y eso será la felicidad conquistada, la injusta miseria vencida al fin... A los Qurignon no hay que envidiarlos. Cuando nos los ponen como ejemplo, diciéndonos: «Ya lo véis, como un obrero puede llegar á una gran fortuna, con inteligencia, trabajo y economía,» siento cierta ira, porque veo que todo ese dinero no ha podido ser ganado más que explotando á los compañeros, cercenándoles el pan y la libertad, y esta villanía algún día se paga. Jamás el bien de todos podrá armonizarse con la prosperidad exagerada de uno solo... Lo que hay que hacer es esperar para ver lo que el porvenir nos reserva. Pero mi idea ya la sabéis: que esos dos galopines acostados ahí y que nos escuchan, sean algún día más felices que yo lo he sido, y que sus hijos, á su vez, lo sean más que ellos... Para esto no hay más que querer la justicia, entendernos como hermanos para conquistarla aun á costa de mucha miseria todavía.

En efecto, Luciano y Antonieta no habían vuelto á dormir, muy atentos á toda aquella gente que

charlaba tan tarde. Inmóviles las rubias cabezas sobre la almohada, los hermosos chiquillos oían con los ojos muy abiertos, soñadores, como si comprendieran.

—¡Más felices que nosotros algún día,—dijo secamente la Pelos,—sí! Si mañana no mueren de hambre, pues que no vas á tener pan que darles.

Cayó la frase como un hachazo. Vaciló Bonnaire herido en su ilusión por el frío brusco de la miseria que él había buscado, dejando la fábrica; y Lucas sintió pasar el escalofrío de aquella miseria, en aquella ancha sala desnuda, donde la humilde lámpara de petróleo despedía triste humo. ¿No era aquella la lucha imposible; el abuelo, el padre, la madre, los dos hijos, condenados á una muerte próxima si el jornalero se empeñaba en su protesta impotente contra el capital? Un silencio de plomo reinó; una gran sombra negra heló el aposento y obscureció un instante los rostros.

Llamaron en esto, se oyeron risas y entró Bavette, la mujer de Bourron, con su cara de muñeca, alegre como siempre, rolliza y fresca, de tez blanca, los cabellos nada finos, de un rubio claro; parecía una eterna primavera. Como no había encontrado á su marido en casa de Caffiaux, venía á buscarle allí, sabiendo que le costaba trabajo volver á casa, cuando no le llevaba ella. Pero nada de riña, al contrario, buen humor, como si le pareciese muy bien que su cónyuge la corriese un poco.

—¡Hola, ya te cogí, tío aleluya!—exclamó la Bourron, muy contenta al verle.—Ya sabía yo que estarías con Ragú y que te encontraría aquí... ¿Sabes? Ya es tarde, vida mía. He acostado á Marta y á Sebastian y ahora tengo que acostarte á tí.

En la vida se enfadaba Bourron, por la gracia con que sabía ella arrancárselo á los compinches.

—Tiene gracia la cosa ¿eh? Ya lo oís; es mi mujer, quien me acuesta... Bueno, corriente, vamos; al cabo ha de ser.

Se levantó, y Bavette viendo entonces por el rostro sombrío de todos que pasaba allí algo muy triste,

acaso una disputa, quiso poner paz. Ella en su casa cantaba día y noche, cariñosa con su marido, consolándole, pintándole alegre porvenir, si le faltaba ánimo. La miseria, el abominable sufrimiento en que vivía desde la infancia, no habían podido hacer mella en su eterno buen humor. Estaba en absoluto convencida de que las cosas se arreglarían divinamente; siempre estaba camino de la gloria.

—¿Qué es lo que os pasa á todos? ¿Están los niños malos?

La Pelos otra vez furiosa, le contó que Bonnaire dejaba la fábrica, que morirían todos de hambre antes de una semana, y que á todo Beauclair le iba á suceder lo mismo, porque no se podía con tantas desdichas; era imposible vivir. Bavette protestó, anunció días prósperos, relucientes; confiada y alegre.

—No, hija, no; no se pudra usted la sangre; ya verá como todo se arregla. Se trabajará, seremos muy felices.

Y se llevó á su marido entre bromas, diciéndole cosas tan graciosas y agradables, que la seguía dócilmente, también chancero, con la borrachera domada, ya vencida.

Lucas se decidía á seguirlos, cuando la Pelos, al colocar su labor sobre la mesa, encontró la llave que había arrojado á su hermano, y que éste no había cogido todavía.

—¿A ver, la coges ó no? ¿Vas á acostarte ó no?... Ya te han dicho que esa bribona te esperaba no sé donde; puedes recogerla otra vez si te parece.

Ragú, socarrón, estuvo un momento haciendo balancearse la llave en la punta de un dedo pulgar. Toda la noche había estado gritando en las narices de Bourron que no le convenía estar manteniendo á una holgazana, que había cometido la majadería de dejarse tragar un dedo por una máquina, sin hacérselo pagar en lo que valía. Había tenido aquella querida, como tantas otras, todas las que se prestan á ello. Se trataba del gusto de los dos. Cuando se cansaba uno, abur, abur, cada cual por su lado. Pero desde que había entrado en casa, se le había disipado la embriaguez y ya no insistía en su obstinación malévol. Ade-

más su hermana le irritaba, diciéndole siempre lo que tenía que hacer.

—Pues claro que volveré á cargar con ella, si me da la gana... Después de todo, vale más que otras; aunque la maten, no tiene una mala palabra.

Y volviéndose á Bonnaire que callaba, dijo:

—Que tonta es esa Josina, siempre tan miedosa... ¿Dónde se ha escondido?

—Espera en la escalera con Nanet,—dijo Bonnaire.

Entonces Ragú abrió la puerta de par en par, para llamar gritando:

—Josina, Josina.

Nadie respondió. De la profunda obscuridad de la escalera, no vino ni el soplo de un aliento. Y á la escasa luz que la lámpara de petróleo hacía llegar al descanso, solo se vió á Nanet en pie, que parecía esperar en acecho.

—¡Ah!, eres tú, condenado comino,—gritó Ragú. —¿Qué diablos haces ahí?

El niño no se desconcertó, echó un paso atrás. Estirándose cuanto pudo, del tamaño de una bota, respondió con valentía:

—Estaba escuchando para enterarme.

—¿Y tu hermana dónde está? ¿Porque no responde cuando la llaman?

—Mi hermana estaba allá arriba conmigo, sentada en la escalera; pero cuando te sintió entrar, tuvo miedo de que subieras á pegarla, y bajó para poder escapar, si tú eres malo.

Hizo esto reír á Ragú. Las bravatas del niño le divertían.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Yo si me tocas gritaré muy alto, para que me oiga mi hermana y escape.

Completamente ablandado, Ragú se inclinó sobre la escalera, para llamar otra vez.

—Josina, Josina, vamos, sube, no hagas el oso. Ya sabes que no te voy á matar.

Siguió el mismo silencio de muerte, nada se movió, nada subió de lo obscuro. Y Lucas, cuya presencia no era necesaria, se despidió, saludando á la Pelos, que apretando los labios, inclinó secamente la cabe-

za. Los niños habían vuelto á dormir. El tío Lunot, con la pipa sin lumbre en la boca, apoyándose en las paredes, se había metido en su estrecha alcoba. Y Bonnaire, que se había dejado caer sobre una silla, mudo en medio de la lúgubre estancia, perdida la mirada á lo lejos, en el porvenir amenazador, esperaba el momento de acostarse, al lado de su terrible esposa.

—Animo y hasta la vista,—le dijo Lucas estrechándole con fuerza la mano.

Ragú continuaba llamando, en el descanso, con voz que iba siendo de súplica.

—¡Josina, vamos Josina!... ¡Cuando te digo que ya no estoy enfadado!

Y como de la obscuridad no le contestaban, se volvió á Nanet, que no se mezclaba en nada, dejando á su hermana hacer lo que quisiera.

—Puede que se haya escapado.

—¡Ca!, nó, dónde quieres que vaya?... Debe de haberse sentado en la escalera.

Bajó Lucas, cogido á la cuerda grasienta, tentando con el pie los escalones empinados y altos, con el temor de caer de cabeza en aquella obscuridad profunda. Parecía sumirse en una sima, por una estrecha escalera, entre paredes húmedas. Según bajaba creía distinguir grandes sollozos ahogados, que venían de abajo, del triste fondo de la sombra. Arriba sonó la voz de Ragú, resuelta:

—¡Josina, Josina!... ¡Si no subes, es que quieres que vaya á buscarte!

Lucas entonces se detuvo, sintiendo acercarse un débil aliento. Era como una tibia suavidad que avanzaba, un ligero escalofrío viviente, apenas adivinado, de una aproximación temblorosa. Se ciñó á la pared, porque comprendió, que una criatura iba á pasar, invisible, que se hizo reconocer, sólo por el discreto roce de su cuerpo.

—Soy yo, Josina,—dijo él muy bajo, para que no se asustase.

El débil respirar que oía, seguía subiendo, y no le respondieron. Pero en un contacto, apenas sensible, pasó la triste criatura, de miseria y misterio. Y una mano pequeña y febril cogió la suya, labios ardientes

la oprimieron, besando con fuego en un arranque de gratitud infinita, dejándole el dón de todo su sér. Así le daba las gracias, así se le entregaba, ignorada, velada; delicia infantil. Ni una palabra; no hubo más que aquel beso mudo en lo obscuro, empapado en lágrimas ardientes.

Ya había pasado el aliento sutil, el espíritu ligero seguía subiendo. Lucas quedó trastornado; hasta el fondo de las entrañas, se había apoderado de él la sensación de aquel contacto de ensueño; el beso de aquella boca, que no había visto, le había llegado al corazón. Por las venas le corría un encanto dulce y fuerte. Quiso creerse contento, sencillamente, por haber conseguido que Josina encontrase un techo bajo el que dormir aquella noche. ¿Pero, por qué lloraba ella, sentada sobre el último escalón, en el umbral, junto á la calle? ¿Por qué había tardado tanto en responder á las voces de aquel hombre, que le daba un albergue? Sentía pena mortal, por algo que no podía gozar; suspiraba por un sueño imposible, y cedía, subiendo al fin, á la necesidad de volver á la vida á que estaba condenada. Se oyó arriba la voz de Ragú, por última vez.

—Vamos, ya estás ahí, menos mal... Ea, grandísima tonta, ven á acostarte; no pienso comerte esta noche todavía.

Y Lucas huyó, tan desesperado, que buscaba las razones de aquella amargura terrible, que sentía. Mientras se orientaba con trabajo, en el dédalo obscuro de las inmundas callejas del Beauclair viejo, discutía consigo mismo y se enternecía. ¡Pobre niña! Era víctima del medio; jamás se hubiera entregado al tal Ragú sin la perversión de la miseria abrumadora. Con qué profunda labor habría que dar vuelta á la humanidad para que el trabajo volviera á ser honra y alegría, para que el amor sano y fuerte pudiese florecer de nuevo, en la gran recolección de verdad y de justicia! Entre tanto, lo mejor era, sin duda, que la pobre niña siguiera con aquel Ragú, si consentía en no maltratarla demasiado. En el cielo había cesado el viento tempestuoso, algunas estrellas aparecían entre las espesas nubes inmóviles. ¡Pero qué negra noche, y en qué inmensa melancolía las tinie-

blas anegaban el corazón! De repente se encontró Lucas en el ribazo del Mionna, junto al puente de madera. Enfrente, el Abismo, siempre trabajando, con sordo rugido, dejaba oír también el acompasado vaivén de los martinets, ruido que cortaba los golpes más profundos de los grandes martillos de forja. Rasgaban la obscuridad, de cuando en cuando, algunas llamaradas; el humo lívido, extendiéndose; rodeaba la fábrica de un horizonte de tormenta, atravesando los rayos de luz eléctrica. Este espectáculo nocturno del mónstruo, cuyos hornos jamás se extinguían, le hizo ver otra vez el trabajo mortífero impuesto como en un presidio, pagado sobre todo, con desconfianza y desprecio. Pasó ante él la hermosa figura de Bonnaire, y le vió como le había dejado en la lúgubre estancia, derribado como un vencido, ante el porvenir incierto. Luego, sin transición, se presentó otro recuerdo de la noche, el vago perfil de Lange, el alfarero, lanzando su maldición con la vehemencia de un profeta, anunciando la destrucción de Beauclair, bajo el cúmulo de sus crímenes. Pero á tales horas, Beauclair, aterrado, yacía dormido; no era ya en el primer término de la llanura, más que una masa confusa, tenebrosa, donde no brillaba ni una luz. No quedaba más que el Abismo, con su vida de infierno sin tregua, donde seguían retumbando los truenos, donde llamas incesantes devoraban vidas de hombres.

En lo obscuro, un reloj lejano, anunció la media noche. Tomó Lucas por el puente y bajó por el camino de Briás, para volver á la Crécherie, donde su lecho le esperaba. A punto de llegar, una gran claridad iluminó de repente todo el paisaje, los dos promontorios de los Montes Bleuses, los adormecidos tejados del pueblo, hasta los campos lejanos de la Rumaña. Otra vez, á media ladera, una sangría del horno alto, cuyo negro perfil apareció como en un incendio. Y Lucas, levantando los ojos, tuvo de nuevo la sensación de que amanecía el astro prometido á sus sueños de una nueva humanidad, entre la grana de una aurora.

III

Al día siguiente, domingo, Lucas acababa de levantarse cuando recibió una carta amistosa de la señora Boisgelin, que le invitaba á almorzar en la Guerdache. Había sabido que estaba en Beauclair, y como no ignoraba que los Jordán no volverían hasta el lunes, le decía que tendría mucho gusto en verle y en hablar un poco de su antigua intimidad de París cuando se ocupaban juntos, en el cuartel pobre del barrio de San Antonio, en importantes asuntos de caridad, de que no hablaban á nadie. Y Lucas, que tenía por ella una especie de veneración afectuosa, aceptó en seguida, respondiendo que, á las once, estaría en la Guerdache.

Un tiempo soberbio había sucedido á la semana de fuertes lluvias que acababa de anegar á Beauclair. Un sol radiante se había elevado en un cielo de un azul puro, como lavado por los chubascos, uno de esos soles claros de Septiembre, tan caluroso todavía, que los caminos ya estaban secos. Así que Lucas anduvo con gusto á pie los dos kilómetros que separan á la Guerdache de la ciudad. Cuando atravesó ésta á eso de las diez y cuarto, la ciudad nueva, que se extendía desde la plaza de la Alcaldía hasta los primeros campos de la Rumaña, le sorprendió con su dorada alegría de barrio elegante, y le hizo evocar el duelo terrible del cuartel pobre, que había visto la víspera. En la ciudad nueva estaban la Sub-Prefectura, el Tribunal y una hermosa cárcel, cuyas paredes mostraban el yeso, fresco todavía. En cuanto á la iglesia de San Vicente, como á caballo entre la ciudad vieja

y la nueva, edificio elegante del siglo diez y seis, acababa de ser reparada, porque el campanario había amenazado hundirse sobre los fieles. El sol doraba las opulentas casas de los burgueses; la misma plaza de Brias, con su viejo y vasto edificio, que servía á la vez de Ayuntamiento y de escuela, se alegraba con aquella luz.

Pronto estuvo Lucas en el campo, saliendo por la calle de Formeries, cuya calzada recta, más allá de la plaza, seguía á la calle de Brias. En el camino de Formerie, casi á las puertas de Beauclair, estaba la Guerdache. No había prisa y Lucas caminaba como azotacalles lleno de sus ensueños; al volverse distinguió al Norte, al otro lado de la ciudad, cuyas casas descendían en cuesta suave, el inmenso talud de los Montes Bleuses que hendía la garganta escarpada de donde salía la corriente del Mionna. En esta especie de estuario, abierto sobre la llanura, se distinguía muy claramente los edificios amontonados y las altas chimeneas del Abismo, así como el horno alto de la Crécherie, toda una ciudad industrial que también se veía desde el horizonte entero de la Rumaña, á leguas de distancia. Lucas estuvo mirando mucho tiempo. Después, cuando volvió á emprender la marcha á paso lento hacia la Guerdache, cuyos árboles magníficos ya distinguía á lo lejos, se acordó de la típica historia de los Qurignon que Jordán le había contado y la repasó en la memoria. El fundador del Abismo Blas Qurignon, el obrero tirador, vino á instalarse allí, al borde del torrente, con sus dos martinetes, en 1823. Nunca tuvo más que una veintena de obreros, no juntó más que una fortuna modesta y se contentó con hacerse construir cerca de la fábrica la casa reducida, el pabellón de ladrillos en que habitaba todavía Delaveau, el director actual. Jerónimo Qurignon, segundo de este nombre, nacido el mismo año en que su padre fundaba su imperio, fué quien llegó á ser rey de la industria. En él se habían acumulado las fuerzas creadas por la larga ascendencia de obreros; todos los esfuerzos en germen, todo el empuje secular del pueblo. Siglos y siglos de energía latente, una larga serie de abuelos, testarudos y empeñados en buscar la dicha, obra-

ban por fin, llegando á este triunfador, capaz de diez y ocho horas de trabajo al día; de una inteligencia, de una razón, de una voluntad que arrastraban los obstáculos. En menos de veinte años hizo salir de la tierra una ciudad, ocupó á mil doscientos obreros, ganó millones; después, ahogándose en la humilde casa levantada por su padre, compró en ochocientos mil francos la Guerdache, una gran mansión, suntuosa, donde podía alojar á diez familias, con un parque hermoso, tierras y una casería. En su convicción, la Guerdache iba á ser la casa patriarcal, en que reinaría lujosamente su descendencia, las numerosas parejas de amor y de alegría que debían nacer de su riqueza, como de una tierra bendecida. Les preparaba el porvenir de dominación que soñaba, mediante el trabajo domado, utilizado para el goce de los escogidos; pues esta fuerza amontonada que hoy ya se desbordaba, que él sentía en sí mismo, ¿no era definitiva, infinita, no iba á reaparecer, hasta aumentada, en sus hijos, sin disminuir ni agotarse en mucho tiempo? Pero en su solidez de encina, la primer desgracia le hirió joven todavía, en plena fuerza, á los cincuenta y dos años. Una parálisis repentina le quitó el uso de ambas piernas, y tuvo que ceder la dirección del Abismo á Miguel, su hijo mayor.

Miguel Qurignon, tercero de este nombre, acababa de cumplir treinta años. Tenía un hermano menor, Felipe, que contra la voluntad de su padre se había casado en París con una mujer de extraordinaria belleza, pero de hábitos alarmantes; y entre los dos mozos, había una hija, Laura, ya de veinticinco años, que atormentaba á sus padres con una devoción extrema. Miguel se había casado muy joven, con una mujer de blanda dulzura, de la cual tenía dos hijos, Gustavo y Susana, el uno de cinco años y la otra de tres. Entonces tuvo que encargarse de repente de la dirección de la fábrica. Se convino que la dirigiría en nombre y provecho de la familia entera, debiendo cada cual sacar su parte de beneficios, según la partición hecha de común acuerdo. Aunque no tenía en grado heroico las admirables cualidades de su padre; ni su resistencia para el trabajo, ni su viva inteligencia, ni su método; con todo, fué al prin-

cipio un excelente jefe; consiguió durante diez años que no decayera la casa, y hasta extendió sus negocios por algún tiempo, renovando la antigua maquinaria. Pero le alcanzaron duelos y disgustos que parecían anunciar los próximos desastres. Su madre había muerto, su padre paralítico, que sólo salía para que le pasearan en un cochecito, se había como encerrado en mudez absoluta, desde que pronunciaba con trabajo ciertas palabras. Después su hermana Laura entró en un convento, perdida la cabeza por la exaltación mística, sin que nada pudiera detenerla en la Guerdache, entre las alegrías del mundo; y en tanto venían de París lamentables noticias de la familia de su hermano Felipe, cuya mujer iba resbalando en aventuras escandalosas, arrastrando al marido á una vida desenfrenada, de juego, necedades y locuras. Por último, perdió Miguel á su esposa, tan delicada, tan amable, y esto fué para él una gran desgracia, la causa de una especie de desequilibrio, que le arrojó al desorden. Ya antes, había cedido á su afición á las mujeres hermosas, pero discretamente por el miedo que tenía de affigir á la querida compañera siempre enferma. Muerta ella, nada le estorbó, hizo su gusto en toda ocasión, en amoríos á la ventura, en que dejaba lo mejor del tiempo y de la fuerza.

Pasó un nuevo período de diez años, durante el cual el Abismo (que ya no tenía á su frente al jefe vencedor de las épocas de conquista), decayó, dirigido ahora por un amo cansado ya y repleto que se comía todo el botín. Una fiebre de lujo le había dominado, y todo se volvía fiestas, placeres, dinero gastado en la vida alegre. Y fué lo peor que á estas causas de ruina, una mala gestión, esfuerzos que cada día se debilitaban más, se juntó una catástrofe industrial que estuvo á punto de aniquilar toda la industria metalúrgica de la comarca. Se hizo imposible continuar fabricando aceros baratos, railes, grandes armaduras, ante la competencia victoriosa de las fábricas de aceros del Norte y del Este, que, en adelante, gracias á la invención de un procedimiento químico, podían emplear muy económicamente minerales defectuosos, hasta entonces inutilizados. Y en dos

años sintió Miguel hundirse bajo sus piés el Abismo, y el día en que por vencimientos acumulados necesitó trescientos mil francos, que tuvo que pedir presertados, un drama íntimo, abominable, acabó de volverle loco. Estaba entonces cerca de los cincuenta y cuatro años, enamorado con el corazón y la carne de una mujerzuela bonita, traída de París, escondida en Beauclair, con la cual soñaba locamente en huir de un momento á otro, corriendo al país del sol, para vivir de amor, lejos de todo aquel trabajo.

Su hijo Gustavo, cuyos veintisiete años se arrastraban ociosos, después de estudios detestables, se le reía enterado de sus amores, porque vivía con él como con un camarada. También se burlaba del Abismo, y se negaba á poner los piés sobre todo aquel hierro viejo, que manchaba y olía mal; y montaba á caballo, cazaba, hacía la vida vacía de un mozo amable, fin de una raza, como si ya contara siglos de antepasados ilustres. Y ello fué que á lo mejor una noche, después de haber cogido en una gaveta cien mil francos, todo lo que su padre había podido juntar para los vencimientos del día siguiente, desapareció con la querida de «papá»; se llevó á la mujerzuela bonita, que se le había arrojado al cuello. Y al otro día, Miguel, herido en el corazón y en la cabeza, al ver humilladas su pasión y su fortuna, cediendo á un vértigo de un monstruoso horror, se mató sin más, de un tiro de revólver.

De esto hacía tres años, y las ruinas de los Qurignon, precipitándose, se habían acumulado todavía, como para ejemplo del destino más adverso. Poco después de la marcha de Gustavo, se supo que había muerto en Niza, arrastrado por los caballos desbocados de un coche, que le habían arrojado á un precipicio. En París, el hermano menor de Miguel, Felipe, acababa de desaparecer también, muerto en desafío, después de un aventura fea, á que le había arrastrado su terrible mujer, que ahora estaba en Rusia, según decían, con un cantante; y el único hijo que habían tenido, Andrés Qurignon, último de este nombre, había tenido que ser encerrado en un sanatorio, enfermo de raquitis, complicada con delirios. Aparte de este enfermo, y de la tía Laura, que seguía



en el convento, como muerta también, sólo quedaba Susana, la hija de Miguel. Susana, á los veinte años, cinco antes de la muerte de su padre, se había casado con Boisgelin, que se había enamorado de ella, al encontrarla en casa de un vecino del campo. A pesar de que el Abismo ya peligraba, Miguel, fastuoso, se había arreglado de modo que había podido dar á su hija un millón de dote. Por su parte, Boisgelin, tenía por su abuelo y por su padre una fortuna de más de seis millones, ganada en negocios turbios; toda una mala fama de usura y de robo, de la cual, personalmente, le limpiaba su absoluta ociosidad, desde que había nacido. Gozaba de consideración, envidiado, bien quisto, dueño en París de un soberbio palacio, en el parque Monceau, y haciendo una vida de gastos locos. Después de haber hecho consistir su distinción en ser el último de la clase, en el Liceo Condorcet, pasmado con su elegancia, jamás había hecho cosa alguna con sus diez dedos; creía ser el aristócrata nuevo, que fundaba su nobleza comiéndose con magnificencia la fortuna que sus mayores habían adquirido, sin rebajarse él jamás á ganar un cuarto. Lo malo fué que los seis millones llegaron á no bastar para el gran tren de la casa, y que él se dejó arrastrar á especulaciones rentísticas, de las que por cierto no entendía una palabra. Nuevas minas de oro enloquecían entonces la Bolsa; se le había prometido que si arriesgaba su fortuna la triplicaría en dos años. Y de repente aquello fué la ruina, el desastre; pudo creer un instante que estaba absolutamente perdido, hasta el punto de no salvar de los escombros un pedazo de pan para el día siguiente. Lloraba como un niño, miraba sus manos de ocioso, preguntándose qué haría de ellas ahora, pues ni sabían, ni podían trabajar. Entonces Susana, su mujer, se manifestó de veras admirable, con una ternura, una sana razón, un valor, que otra vez le pusieron en pie. El millón de la dote estaba intacto. Quiso ella liquidar, despejar la situación, que se vendiera el palacio del parque Monceau, donde la vida se hacía muy cara; y de este modo pareció otro millón. ¿Pero, cómo vivir, en París sobre todo, con dos millones, cuando seis no habían bastado, é iban á renacer todas las tentaciones

del lujo ostentoso, que abrasaba la gran ciudad? Y el azar de un encuentro decidió del porvenir.

Boisgelin tenía un primo pobre, Delaveau, hijo de una hermana de su padre, el marido de la cual, inventor desgraciado, la había llevado á la miseria.

Delaveau, modesto ingeniero procedente de la Escuela de Artes y Oficios, ocupaba una humilde situación en una mina de hulla de Briás en el momento del suicidio de Miguel Qurignon. Devorado por el ansia de medrar, instigado por su mujer y muy al corriente de la situación del Abismo, que él creía poder levantar, gracias á una organización del todo nueva, había venido á París, en busca de comanditarios, cuando una tarde, en la calle, se encontró frente á frente de su primo Boisgelin. Fué aquello como un rayo, ¿cómo no había pensado en él, en aquel capitalista que justamente era marido de una Qurignon? Luego, cuando conoció la situación del matrimonio, aquellos dos millones, únicos que les quedaban, para los cuales buscaban una situación ventajosa, Delaveau amplió más su plan, tuvo con su primo varias entre vistas, durante las cuales se mostró tan convencido, tan lleno de inteligencia y de fuerza, que acabó por decidirle. Era todo un plan de genio; aprovecharse de la catástrofe, comprar el Abismo en un millón, cuando valía dos, y organizar la fabricación de aceros finos, lo que daría pronto beneficios considerables. Después, ¿por qué los Boisgelin no compraban la Guerdache? En la liquidación forzosa que se iba á hacer de la fortuna de los Qurignon, la tendrían fácilmente por quinientos mil francos, cuando había costado ochocientos mil. Sobre los dos millones Boisgelin tendría además quinientos mil francos, que emplearía en la explotación de la fábrica; y él, Delaveau, se comprometía formalmente, decuplar el capital. á darle una renta de príncipe. El matrimonio debía dejar á París, viviría á sus anchas en la Guerdache, con vida dichosa, esperando á que la fortuna colosal, que de seguro habían de recobrar un día, les permitiese volver á la existencia parisiense, con todo el fausto que habían podido soñar.

Susana fué quien acabó de decidir á su marido, muy inquieto ante la idea de esta vida proviciana,

con el terror de morir de aburrimiento. A ella por el contrario le encantaba el volver á la Guerdache, donde había vivido durante toda su juventud. Las cosas pasaron como Delaveau había previsto; se hizo la liquidación; el millón y medio que los Boisgelin desembolsaron por el Abismo y la Guerdache, liquidaron apenas la situación embarazosa de los Qurignon, de suerte que se hicieron los dueños absolutos sin tener en adelante que rendir cuentas á los dos únicos herederos que quedaban, la tía Laura, la religiosa, y Andrés, el pobre raquíptico, medio loco, encerrado en un sanatorio.

Por lo demás, Delaveau cumplió sus compromisos; reorganizó la fábrica, renovó la maquinaria y obtuvo tan buen éxito en la fabricación de aceros finos, que al cabo del primer año ya se anunciaron magníficas ganancias. En tres años, el Abismo había vuelto á ser una de las fábricas de aceros más prósperas de la comarca, y la renta que los mil doscientos obreros ganaban para Boisgelin, le permitían instalarse en la Guerdache con un gran lujo: seis caballos en la cuadra, cinco carruajes en la cochera; partidas de caza, fiestas, comidas, para las cuales se disputaban las invitaciones las autoridades de la ciudad. Así que Boisgelin, que había arrastrado pesadamente su ociosidad con el mal de ausencia de París durante los primeros meses, parecía ahora haberse aclimatado á la provincia, volviendo á encontrar un rincón del imperio donde triunfaba su vanidad, por haber vuelto á llenar con el vacío su vida, que era un zumbido de insecto inútil. Hacía sobre todo una causa secreta, una victoriosa fatuidad, en la tranquila condescendencia con que reinaba en Beauclair.

Delaveau se había instalado en el Abismo, donde ocupaba la antigua casa de Blas Qurignon, con su mujer Fernanda y su hija Nisa, de pocos meses. Tenía él entonces treinta y siete años, y su mujer veintisiete. La había conocido en casa de la madre de ella, una maestra de piano que habitaba en el mismo piso y corredor que él, en el fondo de una casa negra de la calle de Saint-Jacques. Tenía ella una hermosura brillante, tan bella y soberana, que por más de un año, cuando la encontraba en la escalera, se arrojaba

él á la pared, temblando como pobre muchacho avergonzado de su fealdad y pobreza. Después se cambiaron saludos, comenzó cierta intimidación; la madre le declaró en confianza que había vivido doce años en Rusia, y que esta hija, de una magnificencia de reina, era el único regalo que había sacado, después de haber sido seducida por un príncipe que la adoraba y le hubiera dado una fortuna regia: pero había muerto por accidente, de un tiro, un día de caza; y la pobre mujer, volviendo sin un cuarto á París, con su Fernanda aun pequeña, no había podido menos de volver á sus lecciones, educando á la niña gracias á un trabajo encarnizado, soñando para ella, á pesar de todo, un prodigioso destino. Fernanda, mecida por las adulaciones, convencida de que su hermosura la destinaba á un trono, se había encontrado con la negra miseria: las botinas que no se sabía cómo reemplazar y los vestidos y los sombreros que tenía que arreglar ella misma. La cólera, ahora por hora, se había apoderado de ella, con tal necesidad de vencer, que desde los diez años no había vivido un día sin odio, sin envidia, sin crueldad, acumulando en sí extraordinarias fuerzas de perversión y destrucción. Consumó la obra la creencia de que su hermosura vencería de todos modos por su propia omnipotencia; y llegó á cometer la necedad de entregarse á un hombre, á un señor de la fortuna y del poder, que la abandonó al día siguiente. Esta aventura, enterrada en el fondo más amargo de su ser, le enseñó la mentira, la hipocresía, la astucia que aún no tenía. Se juró no volver á empezar; conservaba demasiada ambición para caer en la vida de dama cortesana. Aquello era la quiebra de la hermosura; no bastaba ser hermosa; había que encontrar la ocasión de serlo; dar con un hombre á quien hechizar para convertirle en mera cosa sumisa. Y muerta su madre del ir y venir dando lecciones á domicilio durante un cuarto de siglo, por el lodo de París, para ganarle apenas el pan, vió Fernanda llegada la ocasión, al verse en frente de Delaveau, ni guapo ni rico, pero que ofrecía casarse. No le quería, pero le veía muy enamorado de ella, y se decidió á entrar de su brazo en el mundo ordenado de las mujeres honradas, en el cual le ser-